constituir en Lima un Gobierno provisional durante su ausencia, se dirigió hácia Arequipa con objeto de visitar La Paz, el Cuzco y el Potosí.

En todas estas ciudades fué recibido con entusiasmo indescriptible. Los pueblos todos corrían á conocerle y á estrecharle entre sus brazos. En Arequipa, sabiendo ya los triunfos de Sucre en Potosí, constituyó por un decreto la República del Alto-Perú, la cual en honra de su nombre ó para inmortalizarlo, se llamó Bolivia. Organizó la administración del nuevo país y resignó el mando de la naciente república en el Gran Mariscal de Ayacucho.

No nos olvidemos sin embargo de Colombia, donde los acontecimientos ocurridos durante la prolongada ausencia de Bolívar deben ser mencionados, para que pueda comprenderse el resto de esta historia.

En Colombia había paz, porque España no hizo nuevas invasiones; pero los ánimos no estaban tranquilos, sino bastante exaltados, porque el Congreso había autorizado al Ejecutivo, en previsión de quiméricos temores que á

la sazón inspiraba la Santa Alianza, á declarar en estado de Asamblea las provincias amenazadas de invasión exterior ó conmoción interior á mano armada, pudiendo, llegado el caso, exigir contribuciones, alistar tropas, expulsar del territorio á los desafectos, y delegar tan tremendas facultades á los comandantes de los departamentos en que estaba dividida la República.

Con este pretexto se cometieron varios atropellos, ejerciéronse muchas venganzas, se sustituyó al despotismo español, ya vencido, el despotismo republicano, más irritante todavía, porque se ejercía por los mismos libertadores...

Si á esto se agrega que para entónces se había desarrollado un funesto espíritu de codicia, estimulado por la ley que el Congreso dictó para contratar en Europa 30 millones de pesos fuertes, se comprenderá el por qué de no haber sido refutado durante medio siglo el siguiente párrafo del historiador Baralt.

« El país que había sido teatro de hazañas « militares, se convirtió en lonja de especu-

« laciones mercantiles : el hambre y la sed « del oro se apoderaron de los corazones; « imagináronse peligros para hacer grandes « aparatos de defensa ; creáronse necesidades « que no había; quisieron, en fin, lucir galas « los mendigos; y como el país no ofrecía « recursos para tanto, hubieron de buscarse « en el extranjero. Y aquí empieza la desmo- « ralización y desórdenes del Gobierno. »

No era aquel empréstito el primero contratado por Colombia, pues desde 1819, el Vice-Presidente Zea, enviado á Europa con un cargo diplomático y otro fiscal, había reconocido cerca de tres millones de duros, como liquidación de las contratas de López Méndez y Real, comisionados de Venezuela y Nueva Granada, y para extinguir esta deuda, y sin autorización del Gobierno Colombiano, había contratado otro empréstito por diez millones de duros al 80 p. 100, de cuya inversión no se tuvo nunca cuenta exacta, no por culpa del íntegro Zea que la envió oportunamente á Colombia, ni tampoco de su viuda, la señora doña Felipa Mellón y Zea, que hizo entrega formal

el 8 de Mayo de 1825, por órden del Sr. Hurtado, ministro de Colombia en la Gran Bretaña, de todos los papeles y documentos relativos á estas negociaciones, como consta del testimonio que hemos tenido á la vista, autorizado por el Sr. Lanz, que fué la persona designada por dicha Legacion para recibirlos.

Por supuesto que las duras palabras del historiador venezolano no pueden referirse ni al Presidente de Colombia, que fué un modelo de generosidad y desprendimiento en todas ocasiones; que se privó de sus propios bienes para cederlos á la revolución, y renunció los millones del Perú, y hasta sus propios sueldos en beneficio de las necesidades públicas, muriendo pobre y sin mancha de las inmundicias del peculado ; ni tampoco al Vice-Presidente Santander, á quién sus enemigos pretendieron mancillar suponiéndole cómplice en aquellos manejos, sin exhibir pruebas. Santander era hombre muy apasionado, acaso demasiado duro ; pero, como administrador, honrado y digno.

El empréstito no se hizo tampoco por treinta millones, sino solamente por veinte; pues en él

se comprendieron los diez millones del que contrató Zea. Su producto fué completamente derrochado : primero, en preparativos de una expedición insensata sobre Cuba y Méjico, sin contar con una escuadra que pudiera medirse con la española, lo que obligó á Colombia á tener en Cartagena un tren militar considerable al par que ridículo; después, en reparaciones de las fortalezas de las primeras plazas militares del país, y, finalmente, en anclas, carronadas para los buques, balas de calibres desconocidos, jarcias, cocinas de hierro, alquitran y otros efectos, como para resucitar la Armada Invencible, comprados en Inglaterra.

De los fondos de este empréstito fueron remitidos á Venezuela trescientos mil pesos (doscientos mil en onzas de oro), para fomento de la agricultura. Los llevó el Dr. Peña, é hizo entrega de ellos en moneda macuquina, guardándose la diferencia del cambio, ó sean veinte y cinco mil pesos.

Lo más sensible de todo fué que con aquel empréstito se habilitó la brillante expedición de 4,000 mil hombres que salió para el Perú

cuando ya no se necesitaba ; y pereció casi toda de fiebre en la isla de la Puná. Para colmo de desdichas, la casa contratista del empréstito quebró, perdiéndose allí más de dos millones de duros que se habían depositado para el pago de intereses.

El resultado de tan inconsulta negociación fué que el crédito de Colombia se perdió completamente. Las fragatas *Colombia* y *Cundinamarca*, compradas en los Estados Unidos en un millon setecientos mil duros, tuvieron el siguiente destino; la primera se incendió en en la ria de Guayaquil, y la segunda se vendió en Puerto-Cabello por una suma insignificante, representada en títulos sin valor alguno. Las doce cañoneras construidas en los Estados Unidos, resultaron inservibles y corrieron la misma suerte en Puerto-Cabello. El navío *Libertador* de 79 cañones se vendió en 4,500 pesos, en dos mil el bergantin *Independencia* de 20 cañones; la corbeta *Bolívar* de 22 cañones en unos 1500 pesos, habiendo costado 155,000. Todas las jarcias, cañones, anclas, proyectiles, etc., fueron vendidos

para lastre de los buques, por lo que buenamente se ofreció.

Lo más raro de todo, y, en efecto, lo que más nos ha llamado la atención es que las rentas nacionales de Colombia apénas alcanzaban á seis millones de pesos al año, y el presupuesto de gastos en los mejores años, excedía de quince millones. Esto no hace en verdad el elogio de los hacendistas de aquel tiempo.

Los desaciertos administrativos muy rara vez quedan aislados; casi siempre un primer paso engendra otros todavía peores; así fué que el Congreso Colombiano, creyendo que la Santa Alianza intentaría apoderarse de América, ordenó una leva de 50,000 hombres. Y como tal proyecto fuera absurdo, porque no había recursos con que equipar y sostener tal éjercito, en vez de abandonarlo, se acudió al expediente de poner en ejecución la Ley de alistamiento de milicias.

La milicia nacional ha sido siempre en los países americanos, por razones que omitimos ahora, una institución impracticable ; y los

Gobiernos, ni aún los más temidos pudieron organizarla.

Es el hecho, que los milicianos voluntarios de Carácas, al saber que el cuerpo que habían formado para servir á su pátria (y en concepto nuestro el único posible) iba á ser disuelto y refundido en los nuevos cuerpos de milicias que Paez, comandante general de Venezuela y del Apure, debía levantar en cumplimiento de las órdenes de Bogotá, se alarmaron, y tomando por padrino al intendente del Departamento, Escalona, lograron aplazar, pero no impedir el proyecto. El general Paez cortó el nudo, declarando en Asamblea, ó sea en estado de sitio, sus Departamentos, con el fin de aterrar á las gentes y hacerse obedecer.

Paez había prestado grandes y meritorios servicios á la causa de la Independencia : era, sin duda, uno de los más valerosos y desinteresados en la lucha ; pero sin instrucción alguna ni más talento que el innato en los hombres de las llanuras, sus actos tenían que resentirse del consejo de sus validos ó de sus

consuetas. y según la honradez cierta ó problemática de éstos, habían de merecer la aprobación ó desaprobación pública. En esta ocasión fué mal aconsejado.

Resuelto á poner en práctica el alistamiento militar, convocó á los ciudadanos de Carácas en el Convento de San Francisco, con el ánimo, segun decía, de hacerles sentir el peso de su autoridad. Al ver que la concurrencia no era numerosa, destacó patrullas armadas por las calles de la ciudad, con órden de llevarle á viva fuerza cuantos hombres encontraran en ellas.

Muchos fueron vejados y ultrajados por los genízaros, otros se ocultaron ó se refugiaron donde pudieron. La ciudad estuvo por muchas horas en la más pavorosa consternación.

Conviene decir que al general Paez se le temía mucho en Carácas ; y cada vez que se anunciaba su aproximación á la ciudad ó su entrada en ella, la mayor parte de las gentes pacíficas y honradas cerraban las puertas de sus casas, ó evitaban presentarse en las calles.

El conflicto de aquel día se calmó por la

intervención del intendente Escalona, el cual ofreció á Paez que al día siguiente convocaría á los ciudadanos en San Francisco, como en efecto lo hizo. La reunión fué numerosísima ; nadie faltó : hasta los inválidos se presentaron con sus muletas, y Paez, que no había querido sino vejar á la sociedad, se dió por satisfecho.

Á pesar de esto, el Consejo Municipal y el propio Intendente acudieron al Gobierno Supremo quejándose de aquella arbitrariedad. Aunque el Vice-Presidente Santander pretendió desentenderse de la queja, la Cámara de Diputados la tomó en consideración y propuso una acusación contra Paez, que el Senado aceptó por considerable mayoría, suspendiéndole de su empleo, y ordenándole que se presentara en Bogotá á dar cuenta de su conducta.

Dejaremos aquí al general Paez preparándo la rebelión contra el Congreso de su pátria, para reseñar los acontecimientos en que fué parte principal Simón Bolívar.